

D. Pralon va dedicar un estudi important en el volum col·lectiu editat per M. Menu, *Medée et la violence* (Toulouse, 1996: cf. p. 69-83). Se'n fa estrany que aquesta peça tampoc no hagi de ser recollida en el segon volum dels *Selected fragmentary plays*.

Pel que toca als fragments d'Èsquil, espí-

ressants es troben en les hipòtesis a la *Niobe* (P. Parsons).

No entrarem a discutir aquí els principis que han pogut menar l'edició dels *TrGFS* a uniformar sistemàticament lliçons clares dels papirs, tot donant-los «color» jònic o dòric segons semblés al context: e.

[Metadata, citation and](#)

ments de la UAB

σπέρχο]νθ') i als *Dictiūls* fr. II (=47a Radt) 25 i 48 πάππας, 37 τᾱσδε, 46 κοιμᾱση, 68 χάρισιν. No arriben a la dotzena les propostes que s'han quedat a l'aparat crític.

De Sòfocles, comparant amb l'edició de S. Radt, hem localitzat divergències en els següents versos dels *Satirs rastrejadors*: 41, 42, 45, 47, 226 (φορῶν, βέ), 245, 267, 283, 303, 314, 332, 337. Una conjectura molt plausible ens sembla al v. 133, τί κρᾱτα σείεις, inspirada en Eur. *Bacch.* 185 (a la qual no deixa de petja E. *Cycl.* 75 malgrat no estar suportat pel metre). No veiem necessitat de modificar, al v. 272, el τοῦτον δὲ (γρ Vollgraf) de Wilamowitz que Radt qualifica de *probabilissime* per βρέφος δὲ; per què no αὐτὸν δὲ? Altres propostes inte-

Sòf. *Satirs* 233, 235 (αὔθις). A aquest respecte, valdria la pena prendre en compte, a més de l'obra clàssica de G. Björck, les precaucions de F.R. Adrados (*Historia lengua griega*, §§ 172 i 208b) sobre què devia suposar la transformació d'un cor dialogant si pensem en el precedent dels usos lingüístics del vell Soló o de l'àtic arcaic. No veiem clar, en definitiva, la necessitat de modificar lectures unívocues i reiterades en textos papiraris.

A la prestigiosa col·lecció OCT, en fi, li restaria per fer ara una selecció dels fragments còmics.

Ramon Torné Teixidó

IES Matadepera (Barcelona)

ERDKAMP, P. 1998.

Hunger and the sword. Warfare and food supply in Roman Republican Wars (264-30 B.C.).

Amsterdam

Este libro, escrito por un profesor holandés de Historia Antigua durante una estancia de investigación en la Universidad de Cambridge, representa un nuevo hito en el análisis de la expansión romana por el Mediterráneo durante los tres últimos siglos de la República. Erdkamp pasa revista al papel del ejército romano no solamente como una fuerza de choque que adquiría recursos al ir acumulando victorias, sino también en su faceta de extraordinario consumidor y, por tanto, necesitado de sólidos mecanismos de aprovisionamiento. En este ensayo de historia econó-

mica, en el que el fenómeno militar se asocia a un determinado *modus vivendi* esencial en el Mundo Antiguo, dos son los objetivos primordiales: el estudio pormenorizado de los mecanismos que garantizaban las provisiones de quienes participaban directamente en la guerra y, en segundo lugar, el impacto que esas mismas campañas tenían en la población civil, tanto en territorio enemigo como en el propio, y en este caso en Italia. Ambos puntos de vista tienen seguramente en común el hecho mismo de la guerra como fenómeno histórico y sociológico, sobre-

pasando las fronteras cronológicas de la Historia Antigua. Para ello la comparación con otros períodos resulta necesaria, por lo que el autor presenta ejemplos, sobre todo de sociedades preindustriales europeas. La obra de Erdkamp se convierte así en un estimulante ejercicio de análisis histórico, más allá de los parámetros normalmente establecidos en la historia del mundo clásico más tradicional, encerrada en sí misma y con pocas posibilidades, o quizás hasta debamos decir interés, por la metodología comparativa, o hasta incluso por llamarse a sí misma una ciencia *histórica*. La influencia de lo que se ha dado en llamar en Historia Antigua *la escuela económica de Cambridge*, últimamente representada particularmente por algunos libros de Peter Garnsey sobre la alimentación en el Mundo Antiguo, es notoria. Recientemente han aparecido dos monografías, una anterior y otra posterior a nuestro volumen, que redundan en ciertos aspectos de lo tratado por Erdkamp, aunque en este caso desde una perspectiva mucho más tradicional: Austin, N.; Rankov, N., *Exploratio. Military and political intelligence in the Roman world from the Second Punic War to the battle of Adrianopole*, Londres-Nueva York, 1995; Roth, J.P., *The logistics of the Roman army at war (264 B.C. – A.D. 235)*, Leiden-Boston-Köln, 1999.

La enorme cantidad de soldados movilizados durante la conquista del Mediterráneo por parte de la República Romana implica a su vez grandes movimientos de la intendencia militar para que esa fuerza de combate no perdiera su efectividad por falta de provisiones. Erdkamp niega que los ejércitos republicanos tuvieran demasiada autonomía en lo referido al acopio de provisiones sobre el terreno, relativizando la famosa máxima *del bellum [...]* *se ipsum alet* atribuida a M. Porcio Catón en el 195 a.C. De hecho, a pesar de que el pillaje en territorio hostil era algo habitual, difícilmente podía garantizar suficientes recursos para todo un cuerpo de ejército desplazado en masa de sus fuentes prima-

rias de aprovisionamiento. En este sentido, la promesa de un sustancioso botín solía ocasionar en los soldados la necesidad de incrementar el saqueo sobre la población civil de los alrededores, insistiendo en la complejidad del desplazamiento de unos ejércitos cuyas tropas podían transportar por ellas mismas sólo una parte relativamente modesta de sus provisiones. El resto tenía que ser conducido por personal civil asistente, cuyo protagonismo apenas ha dejado rastro en nuestra documentación. Además, era necesaria una gran cantidad de animales de transporte, que también tenían que ser alimentados (*frumentatio*), destinándose para ello los campos en territorio hostil, siempre bajo vigilancia de un pequeño destacamento, para evitar verse sorprendidos por el enemigo. La estacionalidad de las cosechas en el medio ambiente mediterráneo condicionaba a su vez la estacionalidad de la guerra, por lo que en campañas de largo alcance los inviernos suponían descansos que tenían que ser realizados relativamente cerca de las últimas posiciones conquistadas, aunque tampoco demasiado lejos de los principales almacenes de provisiones, que normalmente estaban situados en la costa o cerca de ríos navegables. En este mismo sentido, el hospedaje militar obligatorio por parte de ciudades aliadas (*hospitium militare*) se convertía en una pesada carga para éstas, ya que los abusos protagonizados por los legionarios semidesmovilizados son conocidos en todas las épocas. En el invierno la dieta legionaria se ampliaba considerablemente, por lo que la dependencia de los cereales era menos importante que durante los meses de actividad bélica, cuando además el Estado debía aportar soluciones rápidas para proporcionar los medios necesarios a sus tropas para garantizar la subsistencia y el pago de sus *stipendia* con regularidad.

Nos detendremos en especial en uno de los capítulos más decididamente polémicos, el cuarto (*the means of acquisition*), en el cual Erdkamp analiza las formas de

adquisición de riqueza que el Estado republicano tenía a su disposición, para proceder seguidamente a su distribución hacia las legiones que operaban fuera de Italia. En parte, también se contemplan los envíos, voluntarios o no, de algunos poderosos aliados de Roma, como los que protagonizó Hierón II de Siracusa durante la segunda mitad del siglo III aC. Según Erdkamp fue precisamente la necesidad de suministrar cereal y toda una serie de recursos materiales y otras riquezas lo que propició la creación de un sistema fiscal que regularmente explotara los territorios previamente conquistados. Sicilia y Cerdeña resultarían así netos exportadores de cereal, mientras que en las provincias hispánicas, según este esquema basado fielmente en las teorías de J.S. Richardson (*Hispaniae. Spain and the development of Roman Imperialism (218-82 B.C.)*, Cambridge, 1986), las reclamaciones *ad hoc* destinadas en principio a la financiación de los ejércitos de ocupación, se transformarían paulatinamente en un período antiguo (c.180 aC) en impuestos regulares. Esta opinión también es compartida, aunque expuesta de forma más esquemática, por Roth, J.P., *The logistics* (1999), p. 224 s. Sin embargo, no toda la evidencia disponible sustenta este edificio teórico. En primer lugar, los diezmos facilitados por las dos islas durante el primer tercio del siglo II aC responden a reclamaciones extraordinarias, por lo que resulta difícil deducir de ello cuál sería exactamente la contribución regular de ambas provincias en tiempos normales. Además, la fecha de introducción del sistema fiscal decimal en Sicilia, como prolongación del siracusano (*Lex Hieronica*), sigue todavía en discusión, sin que sepamos a ciencia cierta cuánto tiempo fue necesario desde la conquista de Siracusa en el 211 aC para adaptarlo a los usos romanos, tal y como aparece descrito en las *Verrinas* en el año 70 aC. Ello implica que seguimos ignorando si los ejércitos romanos podían confiar regularmente en el primer diezmo siciliano como

incontestable fuente de recursos. Más incierto aún es el caso de Cerdeña, sobre todo por la menor cuantía de documentación conservada al respecto. La revuelta de las poblaciones del interior en el año 178, aplacada por el cónsul Ti. Sempronio Graco dos años más tarde, y las medidas decretadas tras la *deditio*, responden a las represalias típicas en este tipo de situaciones. Sobre Hispania Erdkamp obvia cualquier discusión al *modelo Richardson*, que acepta plenamente. Este modelo, que adopta la teoría tradicional del *stipendium* como impuesto directo en moneda y especie, no aporta no obstante suficientes datos para demostrar su recaudación a partir de la pretura del futuro cónsul Sempronio Graco en la Citerior (180-179 aC), como pretende. En cualquier caso, Erdkamp se refiere a la *vicesima* hispánica (Liv. XLIII. 2. 12) como un ejemplo de ese impuesto en especie, evitando cualquier referencia a la polémica cuestión de la *aestimatio frumenti*, la conmutación de ese grano por una indeterminada cantidad en moneda en lo referido al segundo y tercer diezmos, seguramente lo que subyace bajo la enigmática terminología empleada por el historiador romano. Tampoco parece fácil aceptar la transformación de las exacciones en impuesto simplemente porque hubiera transcurrido cierto tiempo desde la conquista de las nuevas provincias. Tal presunción se nos antoja simplemente apriorística.

En otro orden de cosas, la segunda parte del mismo capítulo, sin embargo, resulta mucho más sugerente, porque Erdkamp pasa revista al posible protagonismo del sector privado en la organización del aprovisionamiento de los ejércitos republicanos, desmintiendo la visión tradicional —identificada en este caso con el influyente libro de E. Badian (*Publicans and Sinners*, Otago, 1972) sobre el papel de los publicanos en los contratos de suministros de largo alcance por lo menos hasta el siglo I aC. Según Erdkamp, cuando el Estado no fue capaz, sobre todo en períodos muy con-

cretos de la Segunda Guerra Púnica, de organizar los suministros a gran escala, era labor de sus ejércitos buscar esos recursos cerca de donde se desarrollaban las campañas bélicas, explotando sobremanera a la población civil, identificada ésta no necesariamente con las fuerzas combatientes enemigas. La influencia del sector privado en estos casos sería, según Erdkamp, relativa.

Parece lógico destacar que la primera consecuencia de la guerra es la devastación producida, pero no siempre ello se circunscribe al campo de batalla o a los contendientes. La población civil sufría no solamente la irrupción de los soldados en busca de rapiña, sino especialmente la interrupción de la producción y distribución de alimentos, o las actividades de intercambio en los mercados locales, con lo que las consecuencias para el conjunto de la población, aun incluso después de concluidos los combates, se muestran explícitamente en forma de hambrunas y crisis demográficas, que acaban por hipotecar el normal desarrollo de una determinada comunidad durante décadas. A esta cuestión dedica Erdkamp la segunda parte de su libro, seguramente la que cualquier historiador económico del período preindustrial podría suscribir. Se suceden estudios sobre la agricultura en tiempos de guerra, en los que Erdkamp procede a una estimación de la capacidad real de las unidades de producción para autosostenerse en momentos de mayor presión fiscal, a la vez que obligados a compatibilizar los vaivenes típicos de una economía agropecuaria y artesanal preindustrial, con la disminución de los excedentes. La guerra también ha sido generalmente descrita como la principal causa del incremento de la presión fiscal sobre los productores, recayendo sobre ellos tanto exacciones irregulares como la fiscalidad en especie, que justamente suponía una punción del total bruto recolectado, ya de por sí significativamente menor cuantitativamente que en tiempos de paz. En la p.189 se muestra en desa-

cuerdo con la opinión de P. Garnsey en el sentido de que a pesar de la escasez de comida, las hambrunas serían raras en nuestro período, aduciendo para ello Erdkamp la confluencia de varios factores no precisamente favorecedores, como un bajo nivel tecnológico, una concentración de la propiedad que a partir del siglo II aC empobrecía a los pequeños productores generando a su vez bajos excedentes, o las pocas posibilidades del pequeño productor de especular con la estacionalidad de los precios. Al mismo tiempo, en los capítulos noveno y décimo, Erdkamp insiste en la devastación de los campos y el pillaje de los animales como una táctica militar empleada de forma habitual, y que se ha convertido en un lugar común en las fuentes del período. En consecuencia, una solución comúnmente adoptada por las unidades de producción más modestas es el enrolamiento legionario, que en principio proporciona alimento y posibilidades de enriquecimiento pero que a su vez hipoteca el rendimiento futuro de las explotaciones, al perder éstas a su fuerza de trabajo más rentable. En suma, la lectura de esta obra extraordinariamente bien documentada se nos antoja imprescindible para describir la intendencia del avance de las conquistas romanas en el Mediterráneo y, sobre todo, las consecuencias que para la población civil —tanto en Italia como fuera de ella— supuso el mantenimiento de un estado de guerra prácticamente constante durante dos siglos y medio. La simplificación de algunos problemas, como el del establecimiento de una política fiscal sobre el mundo provincial que garantizase el acceso a las provisiones con que alimentar a los ejércitos romanos, no excluye el reconocimiento a una labor de extraordinario mérito en el panorama actual de la historia económica del Mundo Antiguo.

Toni Nàco

Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Ciències de l'Antiguitat
i de l'Edat Mitjana